

Enrique Espinoza

Trayectoria de Horacio Quiroga



UANDO Horacio Quiroga empezó a escribir en Montevideo, después de ensayar una revista juvenil en el Salto uruguayo de su nacimiento, primaba la más absoluta francofilia en las letras de América. Rubén Darío acababa de traer a Buenos Aires desde Valparaíso su «Azul» ultramarino; Leopoldo Lugones descendía en la docta Córdoba a sus victorhuguescas «Montañas del Oro», y el profesor José Enrique Rodó helenizaba en la Atenas del Plata, ya nombrada, a través de la Acrópolis de Renan.

En esta atmósfera literaria Quiroga entrega a la imprenta a fines del 900, de vuelta de un rápido viaje a París, es claro, su único libro de versos, «Los Arrecifes de Coral», que aparece al año siguiente con algunas prosas finiseculares. El título y hasta la impresión tipográfica del pequeño volumen en cuerpo 6, no ocultan, desde luego, su procedencia. Y aunque Quiroga había ido a París con ánimo de dedicarse al ciclismo solamente, lo cierto es que muchos la habían

descubierto aquí antes, sin moverse, en las ediciones Lemerre...

En unas páginas de polémica sobre su compañero Herrera y Reissig, Quiroga mismo ha evocado vívidamente aquellos tiempos en que la influencia de «Los Crepúsculos del Jardín» se hacía sentir desde Buenos Aires a México. Por lo menos, su tono versallesco es tan evidente en «Los Arrecifes de Coral» como en «Los Peregrinos de Piedra» aunque ambas obras aparecieran en forma de libro con bastante anterioridad.

Justamente acompañando a Lugones durante su expedición en busca del «Imperio Jesuítico», Quiroga se entusiasma con el antiguo pueblo de Iviraromí (San Ignacio) no por su pasado, sino por su belleza y porvenir. Y si bien todos los expedicionarios desde el jefe al último peón, se entusiasman igualmente con el lugar, Quiroga es el único que lleva a cabo el propósito de instalarse allá en tierras fiscales algunos años más tarde, después de un infructuoso ensayo como plantador de algodón en el Chaco y otro no menos estéril, a su juicio, como profesor de un Liceo de señoritas de la capital, donde, sin embargo, encuentra entre sus discípulas a su primera mujer.

En el intervalo de estas dos ocupaciones circunstanciales, Quiroga publica dos libros: «El crimen del otro», cuentos, en 1904; y una novela: «Historia de un amor turbio», en 1908. Lugones que en extensa carta lo había alentado por el camino de la prosa, a la

aparición de «Los Arrecifes de Coral», ahora lo saluda desde las columnas de «El Diario», aludiendo a su fundada esperanza con estas palabras:

«Creía haber dado con el primer prosista de entre la juventud americana, hecho por cierto consolador y singular. Esta novela (Historia de un amor turbio) es al respecto una confirmación incontestable».

El autor de «La guerra gaucha», vuelto ya al pasado, no dejaba de adivinar en su joven amigo el porvenir. En efecto, poco le iba quedando a Quiroga de sus primeros entusiasmos literarios por Poe y Maeterlinck. El descubrimiento de Tolstoi, Dostoievski, Turguéniev y demás grandes escritores rusos hasta Gorki, ejerce una influencia decisiva en su espíritu. A la crisis moral que le hace rever todos los valores de su juventud, sigue un período de afanosa búsqueda que concluye en un completo renacimiento de su personalidad sobre la tierra virgen de Misiones.

Durante varios años seguidos, en la plenitud de su fuerza, Quiroga lucha y trabaja en el norte argentino para asegurarse el pan cotidiano en forma digna y de acuerdo con su doble capacidad de artista y artesano. Como un rabino antiguo de afilada barba y corazón generoso sabe alternar su labor literaria en «Caras y caretas» con las más extrañas industrias caseras. El oficio mecánico permite siempre una larga meditación.

Cuando al fin vencido por la muerte súbita de su mujer y otras pérdidas, Horacio Quiroga regresa a Buenos Aires en 1917 para dar educación escolar a



sus criaturas, trae un enorme caudal de experiencia en su mente y más de cien cuentos inéditos o no recogidos en volumen, mejor dicho, en sus carpetas.

De entonces data mi conocimiento directo del hombre que acabo de evocar lo más fielmente que me ha sido posible para el número de homenaje que le dedica la revista de la Sociedad de Escritores de Chile «SECH».

En Buenos Aires, Quiroga vuelve a la revista de su actuación literaria para hacerse cargo de la primera página firmada de crítica cinematográfica que aparece en el país. Lo hace al principio bajo el seudónimo de «El marido de Dorothy Philipps»; pero el tema le sirve pronto para una curiosa historia sentimental, no exenta de intención satírica, y luego para renovar la misma técnica del cuento.

Metido otra vez en el ambiente literario Quiroga dirige asimismo, por aquel tiempo, una efímera colección de cuentos ilustrados, donde gracias a su solicitud, aparece junto al suyo, un relato de Ricardo Güiraldes, que era entonces poco menos que un desconocido para el público.

Quiroga había preparado entre tanto un «Choix» de su propia producción que pensaba publicar bajo el título merimeiano de «47 cuentos de todos colores»; pero razones editoriales le hicieron desistir de esta empresa y entregar al año siguiente una tercera parte apenas, con el nombre de «Cuentos de amor, de locura y de muerte».

El resto con alguno que otro relato nuevo, porque a Quiroga le gustaba ofrecer siempre algo inédito en sus libros, forman los dos volúmenes posteriores: «El Salvaje» y «Anaconda» que aparecen alternados uno y otro por sus deliciosos «Cuentos de la selva» (para los niños) y su feliz adaptación escénica del primero de los «Cuentos de amor, de locura y de muerte» bajo el título de «Las sacrificadas».

Estos tres libros inauguran una época en la literatura argentina y revelan en su conjunto los aspectos fundamentales del genio narrativo de Quiroga. Desde su extraordinaria capacidad de imaginación que lo ha llevado al principio a reproducir, a la manera matemática de Poe, las más profundas sensaciones de horror, hasta su originalísima visión del hombre y la naturaleza (que tiene muy poco que ver con Kipling, pese a todo lo que se ha dicho) en la totalidad de sus manifestaciones, pasando por el don psicológico de entender el alma femenina en su despertar, eso que el mismo Turguénev consideraba más difícil que penetrar una selva oscura.

Cuentos inolvidables en cada uno de estos géneros, como «El solitario» y «La gallina degollada»; «Una estación de amor» y «La meningitis y su sombra»; «A la deriva» y «El alambre de púa», leídos por millares y millares de personas fuera del libro, sólo aparecen unidos en él por el estilo personalísimo del autor y la relación natural entre el amor, la locura y la muerte.

A Quiroga le complacía mucho esta variedad que

no dejó de imprimir a sus dos libros ya mencionados: «El Salvaje» y «Anaconda», de título menos amplio, pero de contenido igualmente heterogéneo. Esta complacencia tenía, sin duda, su origen en el atraso con que en un medio poco propicio como el nuestro, pudo al fin iniciar la recopilación de sus historias de diez años, y en la costumbre universal de poner a esta clase de recopilaciones el título del primer cuento.

Con todo, en «El Salvaje» como en «Anaconda» predomina la última manera de Quiroga y hasta la misma imaginación sin fronteras aparece orientada en dicho sentido. El sueño retrospectivo y fantástico de «El Salvaje», que pronto habría de cobrar resonante actualidad con la realísima expedición de Clemente Onelli (*) en busca del Plesiosaurio, es un ejemplo definitivo; pero no el único. Ahí están, además, «Una bofetada», digna réplica de «Los mensú» del libro anterior; esa curiosa historia de abejas que se llama «La reina italiana», producto de su experiencia rural; y «Los cazadores de ratas», un anticipo dramático del más famoso de sus relatos, «Anaconda», que encabeza asimismo, una serie de cuentos desiguales, entre los que se destacan justamente el que da título al libro y los llamados «En la noche», «El yaciyateré» y «Los fabricantes de carbón»; todos de ambiente misionero, o sea, del país subtropical de los antiguos jesuitas, in-

(*) Recuérdese al respecto diez minutos con el autor de «El Salvaje» por E. Espinoza en el primer número de «La vida literaria», Julio de 1928.

corporado para siempre por Quiroga a la literatura americana.

Esto se hace claro, sobre todo, en el libro que sigue a aquellos y que lleva por título «El Desierto». Accediendo en parte a mi consejo y al eco que por entonces habían despertado sus «Cuentos de la selva» en el extranjero, Quiroga admite un principio de clasificación en dicho libro que es, en verdad, el primero de los suyos que aparece en la Biblioteca Babel bajo mi dirección, y el más representativo, sin duda, de cuantos hizo antes y después.

Los dos cuentos iniciales de este libro, el que le presta título y «Un peón», notabilísimos ambos en cualquier literatura de cualquier país, aparecen seguidos de otros tantos de no menos valer, como «El síncope blanco» y «Silvina y Montt», dentro de las modalidades primeras de Quiroga; y seguidos de cuatro o cinco apólogos de clara intención social, entre los cuales vale la pena subrayar «El potro salvaje» y «Juan Darién» que, con «El desierto» y «Un peón», constituyen verdaderas obras maestras.

Pero es en «Los desterrados» de dos años después donde el deseo de unidad a que me he referido antes, se cumple totalmente. «El regreso de Anaconda», esa epopeya de la selva, que tiene ahora por escenario el río Paraná, descubre de entrada el ambiente del libro en forma insuperable. Luego vienen los tipos y arquetipos de este ambiente, hombres y ex hombres que han ido a dar con sus vidas como náufragos a las playas de Ivi-

raromí, y entre los cuales se cuentan el negro Jao Pedro, el juez Sotelo, Van Houtten, el manco Luisser, el Dr. Else, Mosiú Rivet, don Juan Brown y el propio autor bajo el nombre de Orgaz, o anónimamente como en ese intermedio profundo que se llama «El hombre muerto».

Cuando más de una presuntuosa novela moderna, hecha con todas las reglas del género, yazga en el olvido de los meros ejercicios literarios, nuestros nietos leerán todavía estos salvajes cuentos de Quiroga con la misma vibración humana con que fueron escritos, así como nosotros preferimos ahora las páginas irregulares de Sarmiento o Pérez Rosales a las de cualquiera de sus atildados contemporáneos. Lo cual no quita que en el caso de Quiroga echemos de menos su falta de método para presentar en igual orden toda su producción. De cualquier modo, dudamos de que con los mejores cuentos de nuestro idioma se pueda formar un volumen superior al que daría hoy una buena selección de los suyos. La editorial Calpe se ha apresurado a hacerlo en 1923; pero sin criterio riguroso y buscando la nota horripilante desde el título, aunque con la más plausible intención, hay que reconocerlo. Si lo hubiera hecho después de la publicación de «El desierto» y «Los desterrados» habría resultado de seguro mucho más completo y representativo del incomparable cuentista americano.

Al aparecer «Los Desterrados» en 1926, coincidiendo con el vigésimo quinto aniversario del primer

asomo de Quiroga a las letras, celebramos el acontecimiento con un número extraordinario de «Babel» en su homenaje. Poca cosa si se compara con lo que suele hacerse en tal ocasión en Europa; pero no desprovisto de importancia si se tiene en cuenta nuestras magras posibilidades.

En este sencillo homenaje colaboraron directamente Benito Lynch, Arturo Capdevila, Fernández Moreno, Luis Franco, Armando Donoso, Rafael Alberto Arrieta, Juana de Ibarbourú, Alfonsina Storni, Victoria Gucovsky, Luisa Israel, etc. y fueron reimpresos juicios antiguos de Lugones, Payró, Gerchunoff, Giusti y otros, así como un excelente artículo de Ernesto Montenegro, traducido especialmente del «New York Times» por Eduardo Mallea.

Por mi parte, hice entrega a «Caras y Caretas» de una entusiasta crónica ilustrada sobre la vida del maestro en Misiones, que después recogí en mi libro «Trinchera», bajo el título de «Horacio Quiroga o el hombre de la selva».

Al año siguiente nuestro autor alcanzaba a publicar todavía «Pasado Amor», una apasionante novela del país de la yerba, que los críticos oficiales silenciaron estúpidamente, so pretexto de que se trataba sólo de un cuento largo y que Quiroga como Maupassant no era novelista. Como si hubiese alguna diferencia esencial entre el cuento y la novela.

En resumen, este decenio de 1917 a 1927 que Quiroga pasa en Buenos Aires, fuera de dos o tres escapa-

das a Misiones, comprende la publicación de «Cuentos de amor, de locura y de muerte», «El Salvaje», «Cuentos de la Selva», «Anaconda», «Las Sacrificadas», «El Desierto», «Los Desterrados» y «Pasado Amor». Seis de estos libros, por lo menos, fueron reeditados en Madrid con numerosas correcciones y alguna que otra poda de varios cuentos correspondientes, por su fecha, a la inconclusa serie de «Los Perseguidos».

Estos diez años fueron también los de su mayor influencia como creador, no sólo entre sus colegas de la nueva generación, sino también entre el mismo público. Sus cuentos no lo sacaban, sin embargo, de pobre, porque entre nosotros son muy pocos los que tienen el gusto de conservar en volumen sus lecturas de un día o una hora. Pero toda la prensa americana se enriquecía con ellos.

Los últimos diez años de la vida de Quiroga fueron, desgraciadamente, menos brillantes. Durante los primeros cinco, el inmenso cuentista continúa aun publicando una larga serie de historias naturales en «Caras y Caretas». Sin embargo, no las colecciona en volumen y sólo cuando la mayoría de ellas pasan con erratas y todo a los libros escolares se decide él mismo a hacer uno, bajo el título de «Suelo Natal».

En verdad, después de la publicación de «Pasado Amor» Quiroga considera terminada su carrera literaria y al doblar el cabo de los cincuenta, se retira a descansar a Misiones tan pobre como había llegado a Buenos Aires.

En su casa de San Ignacio, completamente transformada por sus propias manos, llega a ordenar sin prisa su último libro: «Más Allá» que contiene una de sus historias más intensas, «El hijo». Le quedan aún materiales publicados para tres o cuatro volúmenes. Uno de artículos y ensayos literarios, sobre la técnica del cuento principalmente; otro de cuentos y relatos de distintas épocas; y finalmente, sus apólogos e historias más recientes.

Pero la odiosa dictadura de Terra no le permite gozar tranquilamente su pacífico retiro misionero y antes de jubilarlo con medio sueldo a solicitud de sus amigos argentinos, el tirano se permite dejarlo cesante por inútil...

El gran escritor se ve así obligado a volver otra vez al trabajo de sus buenos tiempos; pero ahora en medio de la indiferencia si no el desdén de aquellos que admiran sus grandes cualidades de hombre: pero como buenos snobs o siúticos, sólo en francés o inglés...

¡Pobre y grande Horacio Quiroga, no le queda más remedio que irse a morir a un hospital!

Bajo la violenta emoción de esta triste realidad no me siento capaz de resumir en un artículo de pocas páginas como este la inmensa pérdida que sufre la literatura americana con su desaparición. Era mi amigo de cuatro lustros escasos, la mitad de mi vida, sin embargo.

Cuando vuelva a ese país maravilloso que fué suyo, como de ningún terrateniente, me pondré de inmediato

a la tarea de escribir el libro que se ha ganado en buena ley como hombre y escritor extraordinario.

Quiroga pertenece al mañana. Fué un precursor. En esta América nuestra que por ahora es solo una entidad geográfica él comprendió mejor que ninguno de sus contemporáneos que ante todo el apego a la naturaleza podía crear al hombre nuevo. Porque el alma y la sangre que heredamos no es esa cosa obscura que predicán los demagogos racistas, sino la luz, el aire, la tierra que nos nutre día a día y da color y vida a nuestro pensamiento.

En tal sentido las generaciones venideras encontrarán muchas veces a Horacio Quiroga con el hacha del pioner en su camino.